

Reflexiones de la Universidad del Futuro

Es difícil hablar de la Universidad. Es difícil decir con palabras lo que para todos, maestros y alumnos, es la Universidad. Hemos vivido tanto a su vera, de un modo tan intenso, que referirse a ella es hablar un poco de sí mismo. Y así como, al pasar la vida, recordamos con dulzura y nostalgia, a ratos con reproche, todo cuanto hicimos y dejamos de hacer, así también, al mirar las huellas de esta Universidad, que son nuestras huellas, no podemos evitar el reflexionar en lo que hizo y ha dejado de hacer. Que toda vida está llena de lo que dejó de hacer, de lo que no vivió, y la existencia sólo es tal cuando reconoce su propia limitación. Así pues, en esta ocasión, quiero hablar más de lo que se dejó de hacer que de lo que se hizo, porque el futuro de la Universidad depende más de la autocrítica que del elogio; y deseo referirme más a lo que se debe conseguir que a lo que ya se alcanzó, porque el destino se gesta en la insatisfacción y no en el sosiego.

Pero la Universidad Central ha hecho mucho. Desconocer que en estos claustros se han puesto los cimientos a la convivencia social, es negar el aporte a la consolidación de la patria de generaciones de ecuatorianos, que, con sus profesiones, han hecho más por ella que todas las clases dirigentes tradicionales que, para desgracia del Ecuador, lo han conducido desde la Independencia. Siempre que de la mediocridad ambiente ha surgido un

(*) Texto del discurso de orden dado por el autor, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, en la Sesión Solemne por el día de la Universidad Central, el 18 de Marzo de 1962.

esfuerzo por escaparse a la prisión de las convenciones y crear interpretaciones propias, siempre que se ha despertado un anhelo por reivindicar la patria de los intereses de grupos y de círculos; siempre que descolia algún esfuerzo noble y constructor, ha de buscarse la semilla que dejó en las mentes jóvenes la Universidad Ecuatoriana.

Desconocer que de la Universidad ha brotado ese amor a la libertad que es nuestra máxima característica colectiva, la gloria nacional por excelencia, es negar una historia de pureza y valor que hemos vivido en nuestra hora todos cuantos hemos pasado por la Universidad. La Universidad nos forjó para ser libres y sólo por ese hecho la Patria le debe la creación del ideal colectivo más poderoso, a la postre el único válido, para la supervivencia nacional.

Es el lugar y el momento de hablar de "supervivencia nacional". No nos engañemos confiando en que el mundo de mañana será el mismo que conocemos. El cambio se anuncia, está en el aire, y en este cambio, sin duda cataclísmico, el destino de nuestra nacionalidad, de nuestro pueblo y de nosotros mismos dependerá de la medida en que nos vinculen ideales colectivos y del grado en que aprendamos a vivir a la altura de los tiempos, no por debajo de ellos. Es misión de la Universidad ecuatoriana dar a nuestra patria la orientación y la fe que necesitará para atravesar entera y fortalecida por esta época enigmática, que aculta un mundo en el que quizás tendremos que aprender nuevamente a vivir y a convivir, que es al fin lo mismo.

2.— De intención he comenzado con una referencia a la turbia e imprecisa atmósfera en que vive el Ecuador y el mundo. Si se ha de hablar de la Universidad, es mejor dirigirse sin vacilaciones a su razón de ser y preguntarse si la forma como ha sido concebida y como está organizada es adecuada a sus fines; si, en definitiva, la Universidad está en condiciones de cumplir su fin social, su "misión", como diría Ortega y Gasset, incluyendo en una palabra los aspectos racional y afectivo de la finalidad. Sucede, sin embargo, que esa misión es mutable, como son infinitamente variables los fenómenos sociales en los cuales debe cumplirse. La Universidad se explica y justifica en el seno de la sociedad, y la función que de ella se espera dependerá inevita-

blemente de la estructura de la sociedad y de las tensiones que en ella actúen. La finalidad de la Universidad, su para que varía en la misma medida en que cambian las circunstancias de la vida social y sólo hay un camino para saber por dónde debe ir: analizar las vicisitudes de la sociedad de que forma parte, sus circunstancias, y derivar de ellas las tareas que debe realizar para contribuir a darle equilibrio, cohesión y dinamismo. De allí que es lícito hablar siempre de reforma universitaria, porque en la frase se halla explícita la necesidad del continuo cambio; pero no lo es el referirse a una reforma universitaria, como a un prototipo. No existen prototipos en la vida social y menos aún en la esfera de la existencia universitaria, que, por imperativo de finalidad, debe hallarse en perpetua renovación, es decir en perpetua imperfección creadora, en estado de permanente reforma.

3.— Preguntémonos pues, cuáles son las circunstancias trascendentales de la sociedad a la que pertenecemos; aquellas que, por ser parte entrañable de un tiempo histórico, quedan sintéticamente reunidas en la expresión de "época". ¿Cómo es, en definitiva, nuestra época en cuanto sea pertinente a la esfera de la Universidad?

Hay una característica que se impone enseguida a nuestra atención: vivimos un período en el cual la ciencia y la tecnología se han desarrollado con un ritmo sin precedentes, un ritmo que se alimenta de si mismo en forma acumulativa en un proceso cada vez más rápido de proliferación. La faz del mundo ha cambiado; la "imago mundi" se ha hecho también gigantesca: toca ya los planetas y ni la mente de los iniciados podrá decirnos hasta donde podrá ampliarse a nuestro derredor. Se han roto las barreras aislantes de las comunidades y el mundo es ahora una sola y gigantesca sociedad: una enorme caja de resonancia que trasmite amplificadas las tensiones de una masa humana que se halla en el seno del proceso aglutinador más violento y radical de que tenga noticia el hombre. Para los sectores conductores de esa sociedad universal, las sociedades donde se inició el cambio y son los centros del desarrollo científico y tecnológico, ésta es también la época de la abundancia. Nunca la vida humana ha tenido tal riqueza de posibilidades materiales, ni una gama tan amplia de alternativas de elección para el desenvolvimiento.

Es, sin embargo, la época del hombre en soledad. Como dijo Emerson con intuición "Las cosas se han subido a la silla y cabalgan sobre la humanidad". (1) Es la época del hombre solitario mirando como surgen las cosas, los frutos de su ciencia y de su técnica, por sobre su voluntad, inevitablemente. El cuento del "aprendiz de brujo" obsesiona inconscientemente al hombre moderno: al hombre que Erich Fromm ha llamado el "enajenado". (2) La ciencia y la técnica crearon un mundo que lo domina, siéndole a la postre, todavía ajeno y desconocido; un universo al cual no ha podido adaptar su organización social, económica y política. A pesar de la riqueza que brotó de la tecnología nunca ha sido mayor la desigualdad entre la masa humana, nunca más doloroso el proceso integrador que la aglutina inexorablemente y no hay recuerdo de una época que haya visto desates de una frialdad destructora tan absoluta como los que han ensombrecido lo que llevamos del Siglo XX. El hombre parece no ser ya más "la medida de todas las cosas".

Esta es también, y no debe extrañarnos, una época de crisis para la cultura. "La verdad, decía Unamuno, es algo más hondo y más vivo y más fecundo que la razón". (3) Nos falta el sistema de verdades que pueda explicar el Universo en función del hombre y el hombre en función del Universo. Nunca quizás lo hemos conocido mejor, pero probablemente en ninguna otra circunstancia ese conocimiento ha creado tantos enigmas como en la presente época. Sin esa sabiduría, sin ese sistema de verdades vitales, la presencia de fenómenos enigmáticos significa soledad y desorientación. Cito nuevamente a Unamuno: "La vida que de veras quiere vivir se manifiesta en una causa final de vida". (4) Esa causa final de vida es lo que falta al hombre de

(1) Ct. por Erich Fromm. "Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea". Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis — Fondo de Cultura Económica México — 1960 — Pág. 11.

(2) E. Fromm. Op. Ct. Pág. 109. "El hecho es que el hombre no se siente a sí mismo como portador activo de sus propias capacidades y riquezas, sino como una "cosa" empobrecida que depende de poderes exteriores a él y en los que ha proyectado su sustancia vital".

(3) Miguel de Unamuno "La Enseñanza Superior en España" — Obras completas — Afrodiseo Aguado S. A. Madrid — España — 1950. Tomo IV — Pág. 86.

(4) Op. — Ct. Tomo IV — Pág. 81.

nuestra época. Hemos de imaginar una educación y una universidad cuya acción pueda decantar y expresar esa cultura para que el hombre sea nuevamente "la medida de todas las cosas".

4.— La crisis no es la misma, sin embargo, en los polos que en la periferia, y nosotros somos los miembros de una sociedad orbital, periférica, si nos comparamos con las sociedades en las cuales se ha gestado este desarrollo hipertrófico y unilateral de la ciencia y la tecnología. Menos sacudidos por sus consecuencias, parecemos conservar todavía algún vestigio de la vieja cultura; nos ha herido menos la soledad del hombre; sentimos en menor grado su desorientación e inseguridad. En el fondo la crisis es todavía más angustiosa, justamente porque es exógena a nuestra sociedad, porque se nos impone como un elemento extraño cuyos orígenes no están en nuestra individualidad. El desequilibrio llega a nosotros sin siquiera habernos dado las posibilidades de riqueza material que pueden explicarlo en otras latitudes. Cortadas en el camino de su desarrollo, nuestra organización y nuestras instituciones se han vuelto caducas, con esa vejez peligrosa que aparece bruscamente cuando una subyacente degeneración sale de pronto a flor de piel. Es la nuestra, por lo mismo, una crisis orbital que en cada una de sus manifestaciones muestra la testa bifacial de las sociedades periféricas: una cara que es un reflejo de la influencia externa y otra en que se acusa la reacción ante ella. Describamos las más pertinentes al tema de esas manifestaciones:

1º— Vivimos la misma crisis de la cultura y las formas sociales que las sociedades polos, sin que hayan madurado en la nuestra los fenómenos en que se originaron: el desarrollo científico y tecnológico. Es decir, nuestra sociedad está a la vez caduca e inmadura; se suman los efectos del estado de ineficacia a los del estado de confusión.

2º— Comenzamos a sentir que llega hasta nosotros una frustración humana y social parecida a la que sume a las sociedades del centro, mientras emergen del espíritu colectivo hondos resentimientos por el éxito material de aquéllas. Por el un lado, la soledad y la inseguridad del hombre, secuelas de la riqueza que van a aparecer en nosotros sin que nos haya sido dado el disfrutarla; por el otro, la oleada de rechazo, un gesto de impaciente aspiración de igualarse que, es a ratos, desesperada emulación y a ratos odio.

5.— El resultado de esta universalización de problemas y originalidad de reacciones que sufren los países que han girado en la estela de las sociedades maduras, es una mezcla de tensiones que pueden hacer de la crisis el preludio del caos. El riesgo no es la caducidad y la lenta degeneración de las facultades vitales y creadoras. El componente afectivo del resentimiento, unido a la inmadurez, nos puede llevar directamente a una violencia caótica que deje al país en posición de comenzar nuevamente el milenario de edificar un pueblo, es decir, una comunidad con vínculos suficientes para constituir una sociedad creadora. Por esa razón, no es vano hablar en estos momentos de "supervivencia nacional", y si vuelvo a insistir en ese tema es precisamente porque la Universidad está íntimamente ligada al esfuerzo que nuestro pueblo debe hacer para superar esta hora de incertidumbre y peligro. Deseo que se me entienda bien: al hablar de caos no establezco ninguna asociación con formas políticas determinadas, justamente porque el caos es la negación de toda política, aún cuando pueda disfrazarse en fórmulas que lo mismo pueden ser de derecha que de izquierda. El riesgo es precisamente ese, que detrás de esas fórmulas no haya sino el vacío, un vacío en el que el hombre pierda su razón de ser y se halle más que nunca enajenado y solo.

Estamos pues forzados a la acción. Una acción perentoria en la cual hemos de salvar etapas para encontrarnos en la hora decisiva a la altura de los tiempos. Debemos, a la vez, unirnos plenamente al esfuerzo universal en pro de la decantación y expresión de una cultura, y franquear de un salto las etapas que separan nuestra vida social, política y económica, de aquella que pueda permitir el desarrollo de la ciencia y la tecnología, con el aumento correlativo de bienes económicos. Todo esto dentro de una estructura que ponga las cosas al servicio del hombre, entendiendo por hombre no una abstracción sino a todos y cada uno de los individuos que componen el pueblo. Nuestro problema es pues cumplir, a la vez, el esfuerzo que van a hacer los países maduros para salvarse y la revolución que tienen que hacer los periféricos para dejar de serlo. No hay tarea histórica que mejor merezca el nombre de revolución, y esa revolución va a ser, tiene que ser, misión fundamental de la Universidad. Por una vez es verdad vital y no sólo una frase vacía el decir que el futuro depende de las nuevas generaciones. Ellas van a hacer y vivir la

revolución, y la Universidad debe enseñarles a gobernar, a asumir la posición de clase dirigente en el momento más difícil de nuestra historia.

6.— Para enfocar las ideas, podría concretar así la enunciación de los objetivos de la acción social en el próximo período: decantación y expresión de una cultura, progreso científico y tecnológico, desarrollo económico y bienestar social. ¿De qué manera puede la educación y, en particular, la educación universitaria preparar los hombres que han de realizar esos objetivos?.

Toda educación, si se la entiende en su justa acepción como la función social de desarrollar al hombre en su integridad, en su unidad creadora, tiene o debe tener tres efectos fundamentales:

1º— Revelar. La educación debe revelar al hombre otro mundo mostrarle posibilidades que desconoce. En otras palabras: debe a la vez alertarle, perturbarlo y despertar en él una esperanza.

2º— Capacitar. Una vez despierta la esperanza, la educación debe dar al hombre medios para alcanzarla; poner en sus manos nuevos instrumentos y enseñarle a usarlos.

3º— Integrar. Es decir, encerrar ese nuevo mundo abierto en la individualidad y, al mismo tiempo, despertar en el individuo la conciencia de su limitación y dependencia. En otras palabras dar lugar a que éste se asimile a la acción equilibradora de la cultura y, por ese medio, a la vida creadora en sociedad.

Estos tres efectos se ejercen en todos los niveles de la educación, pero a la Universidad le compete en particular, si bien no privativamente, los dos últimos. Es su misión capacitar al hombre en las tareas sociales más complejas y es también su misión hacer del hombre un sujeto integrado y armónico, apto para vivir su vida individual y colectiva. Al relacionar estos objetivos con las particulares circunstancias por las que atraviesa nuestro país y el mundo, creo con modestia tener un asidero para preguntarme cómo debe ser la universidad y en qué sentido ha de ir ahora la reforma universitaria.

Para proceder con método, analizaré en su orden cuáles son esas exigencias en cada una de las funciones que debe cumplir la enseñanza universitaria, empleando la división ya clásica de Ortega y Gasset es decir: enseñanza profesional, investigación científica y decantación y trasmisión de la cultura.

Enseñanza de las profesiones.

7.— Si bien en sus orígenes la misión primordial de la Universidad fue la transmisión de la cultura, esa función fue lentamente cediendo el sitio a la enseñanza profesional en cuanto aumentó la complejidad de las tareas sociales. Hoy la Universidad es fundamentalmente enseñanza de las profesiones, hecho que se debe reconocer aun cuando haya mucho que decir, sobre esta evolución hipertrófica de una de las funciones de la Universidad en perjuicio de las restantes. De todos modos, hoy la Universidad es responsable de la preparación de los hombres en el cumplimiento de ciertas tareas sociales, fruto de la división del trabajo, cuyo ejercicio es de tal complejidad que requiere de una enseñanza al nivel superior. Delicada responsabilidad, pues se supone que de la bondad de esta enseñanza va a depender la eficacia de la división del trabajo, es decir, el funcionamiento orgánico de la sociedad. La pregunta viene enseguida: ¿Es adecuada la enseñanza actual de las profesiones frente a una sociedad que debe experimentar en un corto lapso un profundo cambio, cambio que llevará a una más intrincada división del trabajo y exigirá mayor eficacia en el cumplimiento de las tareas que ella impone?

Son dos las proposiciones fundamentales: que la Universidad enseñe lo que esa sociedad va a necesitar y no otra cosa, y que esa enseñanza lleve a un suficiente dominio de las profesiones, todo ello en un ambiente de rápida transformación que reclama de la Universidad Moderna una organización dinámica y flexible. Estos son los requisitos fundamentales de una buena enseñanza profesional. Y lo son, porque responden a dos principios de economía en que se tiene que insistir. El primero se funda en que la Universidad es por fuerza costosa y enfrentará siempre limitaciones de recursos: no puede enseñar todo, no sólo porque muchos de los elementos incluidos en este todo pueden no ser necesarios, ahora o en el futuro, sino porque le es impo-

sible hacerlo. El segundo es que la Universidad se edifica sobre el alumno; "debe ser una proyección institucional del estudiante" —como dice Ortega. (6) y el joven, el joven medio para el que se construye la Universidad, no puede aprender todo lo que se refiere a la profesión que ha escogido. Como dice también Ortega "No se debe enseñar sino lo que se puede de verdad aprender" (7) y lo que se puede de verdad aprender, que es poco, debe darse de modo que el estudiante medio adquiriera los conocimientos y las técnicas necesarias para un dominio suficiente de su profesión. La preparación de un programa de estudios es pues también un ejercicio en economía: se trata de aprovechar al máximo un bien escaso: la facultad de aprender. He citado con frecuencia a Ortega porque él, con razón, fundamenta su bello ensayo sobre la "Misión de la Universidad" en este principio de la economía de la enseñanza.

Con estos dos principios "in mente", analicemos brevemente ciertos aspectos básicos de la enseñanza de las profesiones en relación con las necesidades sociales.

Estructura de la enseñanza profesional.

¿Qué profesiones puede y debe la Universidad enseñar? Solamente aquéllas que un análisis y una previsión razonable determinan como socialmente necesarias en el presente o el futuro inmediato, en el grado en que se pueda esperar que dichas profesiones permitan, a quien a ellas se dedique, vivir de una manera compatible con las aspiraciones que despierta la cultura universitaria. Hacer lo contrario es sembrar una prematura caducidad en el ímpetu juvenil y crear frustración donde no debe haber sino esperanza.

Restan sin embargo algunas dudas que deseo aclarar:

1º— No excluyo el arte de las profesiones socialmente necesarias.

2º— El cambio que esperamos y deseamos nos fuerza a prever; una profesión puede no ser necesaria hoy, pero puede serlo al cabo de cinco años. De allí la importancia del planeamiento universitario en estrecha relación con planeamiento económico y social.

(6 y 7) Op. Ct. Tomo IV — Págs. 330 y 334, respectivamente.

3º— El planeamiento no es infalible y una previsión razonable puede, a la postre, ser errónea. La única manera de reparar las faltas de previsión es dar flexibilidad y dinamia a la organización y administración universitaria.

4º— Con intención no he dicho que la Universidad debe acoger solamente aquellas profesiones que puede enseñar bien. Es un mundo en continua transformación, muchas veces es necesario iniciar algo, tal vez mal, pero iniciarlo, porque la función crea al órgano. Lo grave es persistir en enseñar mal lo que se comenzó mal.

5º— Los criterios para decidir cuando deben enseñarse especialidades serían similares a los ya citados para las profesiones en general. Téngase en cuenta, sin embargo, que si las profesiones pueden caer en caducidad en este mundo en transformación, ese riesgo es mucho mayor cuando se trata de especialidades. Hay otro peligro que aconseja cautela. La especialización, cuando es prematura, tiende a despojar de contenido intelectual a las profesiones y lo que necesitamos son hombres con capacidad para adaptarse a diversas circunstancias, inclusive cambiar de especialización, lo que supone una comprensión clara del fundamento científico de la profesión madre. Como dice Hutchins en "Universidad de Utopía", "La Sociedad requiere especialistas; pero también el especialismo necesita, para no encontrarse en un callejón sin salida, que cada especialidad pueda arrojar luz sobre todas las otras. Todo especialista, por consiguiente, debe estar en condiciones de captar la luz que provenga de cualquier campo". (8) lo que le lleva a concluir posteriormente "Lo que necesitamos son instituciones especializadas y hombres no especializados". (9)

Alcances de la enseñanza profesional:

En base al principio de la economía de la enseñanza y en consideración a las responsabilidades de las profesiones en una sociedad en proceso de transformación, me atrevería a decir que la preparación debe concentrarse, en primer lugar, en el conocimiento sintético e integrado de los fundamentos científicos de

(8 y 9) R. Hutchins. "Universidad de Utopía" — Editorial Universitaria de Buenos Aires — Argentina — Págs. 31 y 32, respectivamente.

la profesión, lo suficientemente profundo para permitir al profesional la comprensión de las líneas generales del progreso técnico en su rama y el aprendizaje de nuevas técnicas. En segundo lugar, debe llevar al dominio de las técnicas necesarias para cumplir la tarea social de la manera más efectiva y económica en la sociedad en que presumiblemente va a actuar y no en otra de condiciones distintas. Cuando las circunstancias sociales cambien, el aprendizaje, guiado también por la Universidad, podría poner en manos del profesional el nuevo arsenal de técnicas que necesita.

Para mayor ilustración, quizás quepa un ejemplo imaginario. En el momento sería un esfuerzo inútil para el promedio de los estudiantes ecuatorianos que se preparan para la industria, el conocimiento profundo de las modernas técnicas de la industria siderúrgica de gran escala. Ese conocimiento es irrelevante a la realidad económica del Ecuador. Le conviene, por cierto, tener una concepción clara de los fundamentos científicos del proceso industrial y un conocimiento preciso y detallado de aquellas técnicas que podrían emplearse para producir hierro y productos de hierro en el Ecuador, que son muy distintas a las usadas en la producción en gran escala. Si alguna vez el mercado se amplía lo suficiente, ese profesional debería estar en condiciones de aprender las nuevas técnicas gracias al conocimiento de los fundamentos científicos de su profesión. Podrían sin dificultad citarse ejemplos referentes a casi todas las profesiones. Este es punto que muy fácilmente olvidan aún los mejores maestros por una humana tendencia al virtuosismo profesional.

Carácter de la enseñanza profesional.

Una vez limitado el alcance de la enseñanza profesional, la Universidad está en la obligación de velar porque ésta sea intensa, coordinada y se dé en forma que constituya una incitación al pensamiento y la reflexión.

Debe ser intensa, porque aún limitando el alcance de la profesión al conocimiento de su base científica y al dominio de las técnicas adecuadas, su aprendizaje exige un trabajo absorbente, en el cual han de combinarse la teoría con la práctica, mucho más de la segunda que de la primera. Es forzoso no alargar innecesariamente el período de la enseñanza y concentrar

ésta de un modo tal que el aprendizaje sea la ocupación y preocupación fundamental del estudiante. Ello elimina de inmediato la posibilidad de subsistencia de los sistemas universitarios de tiempo parcial, tanto para los núcleos fundamentales de profesores como para los alumnos. Los problemas que tal conclusión plantea para la democratización de la enseñanza, un rasgo de nuestra Universidad que se debe no sólo conservar sino acentuar a toda costa, deben ser resueltos en base a un sistema de becas subvencionado por el Estado y el pago de la enseñanza por parte de los alumnos pudientes.

La enseñanza profesional, además, debe estar estrechamente coordinada, tanto desde el punto de vista de elaboración de programas como del cumplimiento de los mismos, lo cual supone un trabajo planeado del cuerpo de profesores, contacto frecuente entre los mismos y la supervigilancia de las autoridades de la Facultad. La libertad de cátedra no significa autonomía para imponer programas, sino libertad para exponer en cátedra la opinión personal del profesor sobre cada uno de los puntos de un programa que no le es dado modificar por su cuenta.

El aprendizaje de las profesiones, debe por último, ser una incitación al pensamiento y a la reflexión. "La Universidad es una comunidad que piensa" (10) en frase de Hutchins, y toda su actividad debe orientarse de modo que consiga el máximo estímulo a la actividad intelectual. Es, por lo mismo, forzoso reducir dentro de los límites de lo posible el viejo sistema de la conferencia magistral y reemplazarlo por métodos académicos que se nutran del trabajo de los alumnos y su participación en la discusión. El profesor, si quiere ser realmente tal, ha de exponer sus puntos de vista como esencialmente discutibles y huir de toda presentación dogmática. De allí que la clase debe hacerse más en la biblioteca, en la sala de seminario y en el laboratorio, que en el aula clásica.

Ruego al distinguido auditorio que me perdone el haberme extendido tanto en la función de la Universidad relacionada con la enseñanza profesional. He incurrido en esa falta, porque es, sin duda, la tarea principal de la Universidad ecuatoriana y hacia ella debe dedicar su esfuerzo con mayor tesón. Esto no sig-

(10) Op. Ct. Pág. 30.

nifica que se desconozca la importancia de las otras funciones, a la primera de las cuales, la investigación científica, me refiero a continuación.

Investigación científica y preparación de hombres de ciencia.

Es un lugar común el decir que la Universidad debe hacer investigación científica. El sentido con que se ha usado el término es vago e impreciso, pero la verdad es que a esta actividad se le ha dado la más alta importancia entre las funciones de la Universidad. En contraste, oigamos la opinión heterodoxa de Ortega: "No se ve razón ninguna densa para que el hombre medio necesite ni deba ser un hombre científico. Consecuencia escandalosa: la ciencia en su sentido propio, esto es, la investigación científica, no pertenece de una manera inmediata y constitutiva a las funciones primarias de la Universidad ni tiene que ver sin más ni más con ellas". (11)

La tesis de Ortega arranca de su principio de la economía de la enseñanza y su concepción de la Universidad como una proyección del estudiante medio, al cual no se le puede exigir que sea un científico. "Es cosa tan alta la ciencia, dice, que es delicadísima y —quieras o no— excluye de sí al hombre medio. Implica una vocación peculiarísima y sobremanera infrecuente en la especie humana". (12) Por lo mismo para el pensador español, la Universidad es fundamentalmente enseñanza de las profesiones, lo que no excluye que haga ciencia, es decir, investigación, y que necesite de la ciencia, pero sin pretender una fusión imposible de ésta con la enseñanza profesional.

La reacción contra el énfasis exagerado de la investigación científica en la enseñanza universitaria destinada al profesional medio ha llevado a muchos, que sí creen en la necesidad de la investigación, a mirar con reserva y cautela tal tendencia. Se advierte esa actitud en frases como la de Sir Richard Livingstone: "El signo de una buena Universidad radica en el número de materias que se niega a investigar", (13) o en las palabras de

(11) Op. Ct. Tomo IV — Pág. 335.

Hutchins "Si la investigación significa pensar en un problema importante, me parece entonces una parte indispensable de las tareas de la Universidad. Si investigar no implica pensar, como ocurre, según creo, en buena parte de lo que se denomina investigación, entonces está fuera de lugar en una Universidad". (14)

Sin pretender ahondar en un tema tan complejo, al observar nuestra situación se puede concluir que el incorporar actividades de investigación científica en las tareas de la Universidad requiere reflexión y realismo. Por ser un país retrasado en el desarrollo científico y técnico, necesitamos investigación. Como fruto de ese mismo retraso y el cambio en marcha de las instituciones que crea circunstancias imprevisibles, nuestros profesionales necesitan, en mayor grado que los países adelantados, una cierta capacidad de investigación. Muchas veces tendrán que plantearse problemas en el terreno científico, esforzarse por resolverlos y llegar a una solución, y eso es investigación. No importa que la magnitud del problema y la novedad de la solución descubiertas sean mínimas. En su propio contexto, se habrá hecho investigación y el profesional debe ser preparado para ella. Pero el que se desarrolle en él ese mínimo de actitud científica dependerá mucho más de la manera como se lleva a cabo la tarea docente normal de la Universidad, que del hecho de incluir en los programas actividades específicas de investigación, a muchas de las cuales les falta contenido y medios para ser realmente tales. Si la enseñanza normal incita al pensamiento y la reflexión, si se basa más en la participación del alumno que en la clase magistral, si la discusión es el método fundamental de enseñanza, habrá posibilidad de despertar en el futuro profesional esa capacidad y ejercitarlo a usarla.

En cuanto a la investigación científica propiamente dicha, nadie puede dudar de su conveniencia y de la responsabilidad de la Universidad en su realización. Debemos investigar, plantearnos problemas y resolverlos científicamente; pero esos problemas deben ser importantes desde nuestra particular circunstancia y no requerir esfuerzos que sus resultados no justifiquen. Esto no quiere decir que se limita el vuelo del pensamiento y la investigación, significa solamente que el género de investigación

en que la Universidad debe concentrarse a causa de sus recursos escasos, tiene que ser forzosamente aquél en que se pueden esperar resultados socialmente útiles en el momento en que vive nuestro país. Estamos obligados a actuar pragmáticamente y la investigación tiene también su papel que cumplir en el momento histórico.

En ese sentido son particularmente deseables, por ejemplo, todas las actividades de investigación que nos ayuden a plantear los problemas básicos de nuestra realidad en función de la transformación que se avecina, así como los trabajos que se propongan examinar en qué medida son válidas y aplicables a nuestras condiciones las soluciones de la técnica universal, replanteándolas o modificándolas cuando haga falta para encontrar las que parezcan más adecuadas. La investigación en las ciencias aplicadas es particularmente fructífera en la etapa en que nos encontramos.

Conviene insistir, sin embargo, en que esta clase de actividades de investigación debe llevarse a cabo con identidad propia sin confundirlas con las tareas de enseñanza profesional. Las dos han de hallarse en íntima relación nutricia, pero quien estudia para profesional no debería verse obligado a realizar investigación cuando ésta repercuta en el descuido de la formación pragmática que le hace falta para la vida. Es preciso, eso sí, que comencemos a seleccionar y educar nuestros hombres de ciencia. Hacia esa tarea, así como a la de investigación, deberían dedicarse fundamentalmente los Institutos anexos a las Facultades, que tendrían que reestructurarse gradualmente para ofrecer la posibilidad de una carrera en la ciencia a quien esté dotado para ella y no para el ejercicio de las profesiones.

Una breve nota antes de cerrar estas frases sobre la investigación. El primer requisito para hacer ciencia puede enunciarse de una manera que parece casi una verdad de perogrullo: saber lo que la ciencia efectivamente ya ha hecho. Ella supone información, una corriente continua y oportuna de información; es decir, bibliotecas, hemerotecas, y toda la organización necesaria para alertar e informar. Dada la intensidad del movimiento científico moderno, el establecimiento de un sistema eficaz de documentación es una tarea cara y complicada que debemos abordar tan pronto como sea posible; con mayor urgencia, por cierto, que la iniciación de nuevas actividades de investigación.

Decantación y Transformación de la Cultura.

Abordamos, por último, la mención a la función más trascendental, pero, al mismo tiempo, la más problemática de la Universidad. Decíamos antes que la crisis de la cultura era una de las características de nuestra época y con ello tratábamos de definir la impotencia del hombre actual para dominar vitalmente el mundo que ha creado con su ciencia. Decíamos también que era tal la gravedad de esta crisis en las sociedades periféricas, inestablemente asentadas sobre el pasado y el presente, que nos encontrábamos al borde del caos. El salto que debemos dar para salvarnos, más que un problema de desarrollo y tecnología, es un problema de cultura. Y es fundamentalmente cultural, porque sólo un sistema superior de ideas sobre el universo, el hombre y la sociedad nos dará una clase dirigente capaz de mantener la cohesión social durante la rápida transformación que se avecina. La cultura, no un vestigio de ella, sino una cultura a la altura de los tiempos, no es pues solamente un sistema de ideas, representa una integración a la vez equilibradora y dinámica sin la cual no es posible abordar un cambio de esa magnitud.

Resulta así que es a través de su obligación de formar clases dirigentes como la Universidad se enfrenta, por lo pronto y con más urgencia, con su responsabilidad en la decantación y transmisión de la cultura. Y no creo que haya lugar a duda en cuanto a la necesidad de substituir nuestras clases dirigentes tradicionales. El mundo que comenzamos a vivir les es completamente ajeno. La fenomenología del cambio no cabe dentro de su esquema de pensamiento. Se nos va el destino en que el cambio se haga pronto y pacíficamente. Para ello la única posibilidad es que la Universidad, consciente de su misión, empiece intencionadamente a preparar las nuevas generaciones en la función de clases dirigentes.

Me permitiré aclarar un tanto como creo que debe ser esa preparación. Por lo pronto, esa preparación no es la enseñanza de la técnica de gobernar. Una técnica no da contenido a una profesión universitaria. No existe, aún cuando haya casos en contrario, la profesión de gobernante. La preparación a la que me refiero deben recibirla por igual todos aquellos que van a beneficiarse con la educación superior; porque, en primer lugar, se supone que en todos o una gran mayoría de ellos se dará la

actitud intelectual que caracteriza a las clases dirigentes, y por que, en segundo lugar, cada uno en su rama, van a ser los responsables de las más complejas tareas sociales y adquirir por lo mismo, un campo de influencia que tienen el deber de dinamizar.

Cabe insistir, enseguida, en que esa preparación no puede ser otra que la transmisión de la cultura. La cultura es la clave del propio conocimiento, sea éste el del individuo o el del pueblo a que pertenece. Y ese conocimiento es el atributo esencial de las clases dirigentes, que sólo a través de él pueden llegar al patriotismo responsable que es su elemento afectivo imprescindible. La patria es, entre otras cosas, un hecho cultural. Como dice Unamuno "La primera obra de libertad es intimar la patria, fraguárnosla dentro de nosotros, que sea un estado de nuestra alma tanto o más que una institución social. (15)

La Universidad debe pues enseñar la cultura. La enseñanza media debe hacerlo también, pero, en su nivel y dadas sus funciones en la preparación de la clase dirigente, la Universidad ha de preocuparse de transmitir la cultura sintéticamente pero en toda su integridad. No una enseñanza fragmentaria de Física, Biología, Historia, Sociología, Economía y Filosofía, sino una preparación integrada en la que deben hallarse las ciencias mencionadas, pero como partes de un todo íntimamente relacionado. Por secuencia lógica, además, los ciclos de enseñanza de la cultura tienen que preceder a los de formación profesional o científica.

Es cierto que será muy difícil dar unidad orgánica a la entrega de la cultura y no hay duda que son raros los maestros con poder de síntesis suficiente para llevar lo esencial de las ciencias al estudiante medio. Pero recordamos que las Universidades empezaron enseñando la cultura y que, por su parte, la integración de las ciencias en las ramas profesionales debe haber presentado en sus orígenes una dificultad parecida. Lo que sucede es que la Universidad tendrá que revivir una función que olvidó y para ello ha de prepararse sistemáticamente desde ahora.

He expuesto así unas cuantas ideas sobre la reforma universitaria que nos resta por realizar. Sé que son modestas; muchas de ellas no son originales: estoy en deuda, por ejemplo, con

(15) Op. Ct. Tomo IV Pág. 81.

la claridad de Ortega y Gasset y la pasión de Unamuno. Pero aspiro a que se vea en esta idea la limpieza y la libertad de nuestro espíritu universitario. Aspiro también a que de ellas quede algún germen que despierte la discusión en el futuro. La Universidad es controversia, discusión o, como diría Hutchins: "una diferencia sobreentendida". (16) Si estas palabras mías merecen alguna vez el ser discutidas habrán cumplido su misión y su razón de ser.

No he tratado muchos temas de gran interés universitario. Nada he dicho, por ejemplo, de los postulados del "Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria "de Córdoba", porque ese movimiento está ya en la entraña misma de nuestra Universidad y nada podrá detener el impulso a su completa realización. He preferido limitarme a esa clase de problemas de los que todavía no se habla mucho, porque es en ellos donde quizás encuentre substancia la futura reforma universitaria.

Tampoco he tocado un aspecto que afecta vitalmente a la Universidad: su urgente necesidad de recursos. No lo he tocado, porque dada la trascendencia de su misión, el dotarla de los medios que necesita equivale a abrir el único camino válido para la nacionalidad. La Universidad nueva exigirá muchos recursos, pero es difícil encontrar otro gasto que se justifique tanto como éste.

Termino así esta misión que el Consejo Universitario me hizo el honor de confiar. He tratado de rendir mi homenaje a la Universidad, hablando con franqueza y ánimo constructivo en torno a sus problemas. Que ese espíritu mueva a la indulgencia a quien pueda haber cansado o desagradado con mis palabras.

(16) Op. Ct. Pág. 43.